

este afán de conocimiento en el sentido bíblico, coincide con Unamuno, especialmente con el Unamuno de *Abel Sánchez* y de *Niebla*.

Por su propia condición, el hombre tiende unos puentes insalvables que le impiden llegar a la mujer: él mismo ha creado su contradicción, su incomunicación y su trágica soledad donde el alma es un «ámbito desgarrado y ambiguo, sede de la perpetua lucha entre la carnalidad y la pureza, entre lo nocturno y lo luminoso» (*El escritor...*, página 211). Las relaciones entre Castel y María, entre Martín y Alejandra, entre Bruno y Georgina, se definen precisamente por una búsqueda inútil y por la incomunicación, y Martín sabe que la realidad del alma de Alejandra «le era ajena, no le pertenecía ni jamás le pertenecería» (*Sobre héroes...*, p. 192), «al asombro sucedió el sentimiento ya habitual de anhelante tristeza ante el enigma de Alejandra, condenado a permanecer siempre afuera» (p. 250). Si la mujer representa lo oscuro, el mundo de los ciegos («siempre consideré a la mujer como un suburbio del mundo de los ciegos», p. 321), se entiende que Fernando, ante la idea de que Iglesias no se ponga en contacto con los ciegos, se avergüence al «recordar las tonterías que se me ocurrieron cuando empecé a temer que no alcanzaría a cruzar el puente» (p. 321). Este mundo oscuro y subterráneo de la mujer y de los ciegos que viven y sienten al margen de la razón es el opuesto del mundo lógico de la ciencia, del positivismo, de lo objetivo y de la angustiada ambición del hombre por alcanzar la platónica luminosidad del absoluto. Ya hemos visto cómo Martín, en su soledad, se interroga sobre la vida y la muerte, sobre el amor y el absoluto, sobre su país, sobre el destino del hombre en general, cómo necesita aferrarse a lo concreto y al mismo tiempo al inaferrable ideal platónico que es Alejandra: infancia, madre, patria, ternura, es decir, mujer; y cómo en *Heterodoxia* nos ha dicho Sábato que el amor ansía lo absoluto. Pero hay que leer «Ahí estaba», el pirandelliano y unamuniano apartado de *Abaddón...*, para llegar a esta encrucijada que nos lleve al centro de la dualidad: pureza e impureza. Sábato habla a Silvia (¡habla a Silvia sobre Abaddón!) de «la novela como poema metafísico», «el escritor como entrecruzamiento de la realidad cotidiana y las fantasías, como límite entre la luz y las tinieblas» (p. 248), de los «personajes en busca de su autor» y de la novela «en que esté en juego el propio novelista» (p. 248), «como un personaje más, en la misma calidad que los otros, que sin embargo salen de su propia alma. Como un sujeto enloquecido que convíviera con sus propios desdoblamientos» (p. 249), y cuando Silvia le mira sorprendida al comentar Sábato lo hermoso que es el lugar para que el chico se suicide, añade éste

con una sonrisa triste: «Un chico de novela, uno de esos que buscan el absoluto y sólo encuentran basura» (p. 249).

Esta va a ser, para Castel, la dualidad o el aspecto de la dualidad más brutal e irreconciliable y es, en general, obsesión de todos los personajes masculinos de Sábato. Pero si en Castel la unión física, en cuanto concebida únicamente como posesión, fracasa y revela el aspecto «sucio» de las mujeres, para Bruno «una de las trágicas precariedades del espíritu, pero también una de sus sutilezas más profundas, era su imposibilidad de ser sino mediante la carne» (*Sobre héroes...*, p. 139), mientras que para Martín «la calidad del amor que hay entre dos seres que se quieren cambia de un instante a otro, haciéndose de pronto sublime, bajando luego hasta la trivialidad» (página 199); por eso puede hablar, ya al final de la novela, de aquellos nombres de regiones del mundo «limpios, duros y purísimos; lugares que parecían no haber sido ensuciados por los hombres y sobre todo por las mujeres» (p. 548). Pero para Sábato «lo digno de un gran literato es el espíritu impuro: es decir, el hombre que vive en este confuso universo heracliteano, no el fantasma que reside en el cielo platónico» (*El escritor...*, p. 78). En los extremos de este universo están «el amor estrictamente carnal, de prostíbulo y pornografía, realizado en secreto por la sociedad deshumanizada; y el amor espiritual, estrictamente platónico» (*Heterodoxia*, p. 106), eje en el que se mueve el imposible amor de Castel.

El mismo Sábato se sitúa en el corazón de estas contradicciones y así, cuando Wainstein le pregunta cómo se compaginan las ideas de Castel y de Vidal Olmos y la crueldad y sarcasmos de este último contra el progreso con una posición de izquierdas, Sábato contesta que «yo mismo me la he planteado infinidad de veces, cuando permanezco perplejo y hasta abochornado por ser capaz de ideas tan perversas» (*Abaddón...*, p. 164) y que «todos somos contradictorios, pero quizá los novelistas más que los demás» (p. 165). Pero a las alturas de este ensayo creo que nos es fácil ver que Sábato no es, como novelista, contradictorio, sino testimonio de la contradicción, incluso de sus propias contradicciones. Volvamos a recordar que Sábato, como lo cuenta repetidas veces en sus ensayos y en su narrativa, fue físico y abandonó la ciencia por la literatura, abandonó el mundo de la claridad y de la razón por el oscuro mundo de la imaginación, y si no siempre niega las ventajas de la ciencia sí niega de forma rotunda el privilegio de la ciencia y la arrogante presunción de que hay un «absoluto» objetivo alcanzable. Por un lado Sábato es pesimista en cuanto constata la fe ciega del hombre contemporáneo en el progreso de la ciencia y de la tecnología, y resulta bastante fácil